



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 5

CT 116 LITURGIA II

Ham Stanard, Carlos. “El trípode homilético: una guía para predicadores laicos cubanos”. En *Y el verbo se hizo carne: desafíos actuales a la predicación evangélica en la América Latina*, editado por Amós López, 231-249. La Habana: Caminos, 2010.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

El trípode homilético:
*Una guía para predicadores laicos cubanos*¹
 Carlos Emilio Ham Stanard*

¿Cómo oirán si no hay quien les predique?
San Pablo

No hay mejor sermón que la propia vida.
José Martí

Introducción

Esta “Guía para predicadores laicos cubanos” fue escrita no solamente “en cumplimiento parcial de los requisitos para el grado de Doctor en Ministerio”, presentado en el Seminario Presbiteriano de Austin, Texas, en abril de 1999, sino más que esto, es un manual que ha tenido y aún tiene la humilde intención de tratar de satisfacer una gran necesidad que tiene la Iglesia en Cuba.

En la más grande de las islas del Caribe hay una gran demanda de la predicación del Evangelio en estos tiempos. Estamos viviendo en Cuba un *kairós* muy especial, un tiempo en que las iglesias están jugando un papel muy importante, no solamente como resultado de un clima más abierto de libertad religiosa. También muchas personas están asistiendo a las iglesias debido a una crisis económica profunda causada por la caída súbita de los países socialistas de Europa Oriental y la Unión Soviética, el endurecimiento del embargo de los Estados Unidos contra Cuba y como consecuencia de nuestros propios errores.

Estas condiciones críticas generan una crisis de los valores éticos y morales, de modo que muchas personas nuevas están visitando las iglesias cristianas y también buscando otras religiones, tratando de encontrar una respuesta no solamente a sus necesidades existenciales y espirituales, sino también a las materiales. Tal es el desafío de estos tiempos para las comunidades cristianas, especialmente ahora cuando podemos predicar el Evangelio fuera de las cuatro paredes de los templos. Ese es precisamente el fin de esta guía, preparar a los predicadores laicos a fin de satisfacer estas necesidades.

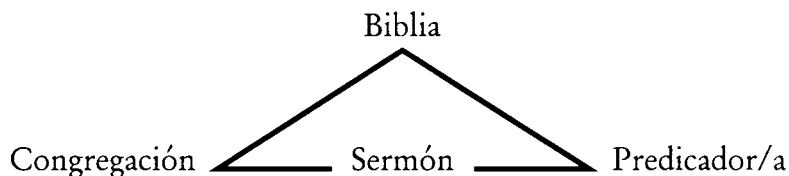
* Es cubano, pastor de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Actualmente trabaja en el área de Misión en el Consejo Mundial de Iglesias (CMI). Es Doctor en Ministerio por el Austin Presbyterian Theological Seminary.

¹ Este artículo es un resumen actualizado del libro con el mismo título, publicado en el año 2000 por el CLAI (Consejo Latinoamericano de Iglesias).

En este contexto no preguntamos ¿por qué preparar a los laicos para la predicación? Esto no solamente está motivado por la real carencia de pastores ordenados en Cuba, lo que es innegable, sino también porque existe la convicción de que el laicado, el “pueblo de Dios” (λαος θεου, *laos theou*) tiene el derecho y aún más, la responsabilidad junto al clero, de predicar el Evangelio en todo lugar y en todo tiempo. Los laicos están deseosos de aprender cómo predicar y servir mejor, motivados por las buenas nuevas del Evangelio.

La filosofía y la metodología de esta guía para predicadores laicos se basan en el “trípode homilético”. El término homilético se refiere al “arte de la predicación” y viene de la palabra griega ομιλία (*homilia*) que significa compañía, asociación y viene del verbo ομιλεω (*homileo*), que denota conversar, hablar y que abarca un conjunto variado de tópicos tales como fuentes, contenido doctrinal y ético, estructura, materiales ilustrativos, lengua, preparación para el púlpito y la declamación; temas que trataré de cubrir en este libro.

Uno de mis propósitos en esta guía ha sido expresar su contenido en un “lenguaje popular”. He tratado de usar imágenes de la vida diaria a fin de que el laico medio, que no ha recibido formación en algún seminario, pueda entender mejor su contenido. Esta es la razón por la cual uso la imagen del trípode, que tiene tres pies, B-C-P, para sostener el sermón; a saber: la Biblia, la congregación y el predicador/predicadora. Así como el trípode necesita tres pies balanceados a fin de mantener el equilibrio de una cámara fotográfica, por ejemplo, de esta misma manera el sermón requiere estos tres elementos importantes a fin de lograr su cometido. Por tanto, el trípode homilético puede representarse gráficamente de esta manera:



La primera sección trata acerca del texto bíblico. Ahí analizaremos su autoridad según la herencia protestante y trataremos los conceptos y la metodología de la exégesis (la interpretación) de las escrituras. La segunda sección se dedicará al otro pie, la congregación, refiriéndome a nuestro contexto, que va más allá de las fronteras de la comunidad cristiana. Ahí subrayaremos la importancia de “hacer una exégesis” de la congregación misma. La sección tres considerará al predicador laico o la predicadora

laica, quienes también necesitan hacerse su propia exégesis, “auto-interpretarse”, a fin de preparar y enunciar el mensaje adecuadamente. Finalmente, la cuarta sección, que es el resultado, tratará acerca del sermón. De manera que los tres pies del trípode B-C-P, nos ayudan a organizar nuestros estudios a fin de preparar el sermón. En esta sección final estudiaremos los tipos de sermones, sus partes o componentes, así como los pasos para preparar el mensaje.

Esta guía no pretende agotar el vasto mundo de la homilética, es solo un manual para introducir a la persona laica media en el tema. Detalles como las técnicas de respiración y de proyección de la voz en la exposición del sermón, entre otras, no son obviamente tratados en esta obra.

I. El texto bíblico (estudio e interpretación de la Palabra)

1. La autoridad bíblica

Según se expresó en la introducción, el trípode homilético es el “soporte de tres pies” para sostener al sermón. Uno de esos pies es el texto bíblico. Thomas G. Long realza la importancia de las escrituras para la predicación en el párrafo siguiente:

La predicación es bíblica siempre que el predicador permita que el texto de la Biblia sirva como la fuerza motriz que le dé forma al contenido y al propósito del sermón. Dicho más dinámicamente, la predicación bíblica supone decir la verdad acerca de lo que sucede cuando un texto bíblico intersecta algún aspecto de nuestra vida y ejerce algún reclamo sobre nosotros. La predicación bíblica no significa meramente el hablar acerca de la Biblia, usándola para apoyar argumentos doctrinales, o el aplicar los ‘principios bíblicos’ a la vida cotidiana. La predicación bíblica tiene lugar cuando un predicador con espíritu de oración va a escuchar la Biblia a nombre del pueblo y luego recoge en nombre de Cristo lo que ha encontrado allí. La predicación bíblica no tiene nada que ver con cuántas veces se cita la Biblia en un sermón, y por el contrario tiene mucho que ver con cuán fielmente se interpreta la Biblia en relación con la experiencia contemporánea (48).

La significación de las santas escrituras para la predicación es particularmente importante en esa tradición que emerge de la Reforma protestante comenzando con Martín Lutero. De hecho, “cada protestante es un Papa con una Biblia en la mano” (Boileau). Para el reformador Juan Calvino,

la Biblia es autoridad porque está autenticada e iluminada por el Espíritu Santo. Expresa: “Debemos hablar de lo que estamos convencidos en un plano superior al de las razones, los juicios o las conjeturas humanas, es decir, en el testimonio secreto del Espíritu” (*Institución Cristiana*, I. VII.4). La meta o el objeto de la escritura para Calvino es la de apuntar a las personas a Jesucristo en quién hay salvación. El tema central de la Biblia es Jesucristo. Él es el objeto de la fe cristiana (Rogers 106). Dice Paul Scott Wilson: “Como cristianos somos el pueblo del Libro. Centramos nuestras vidas en Dios por Jesucristo quien se nos revela en las Escrituras”.

La autoridad de la escritura para Calvino se encontraba no en su contenido salvífico, ni menos en sus formas humanas, sino en sus funciones divinas. Otra evidencia de la acomodación de Dios a los medios humanos estaba en su uso de mensajeros humanos para la tarea de la predicación. Las limitaciones de las palabras del predicador o la predicadora no eran un impedimento para la comunicación del contenido divino. Para Calvino la predicación de la Palabra de Dios era la Palabra de Dios misma (Rogers 56).

En contraste con otros enfoques contemporáneos sobre la autoridad de la Biblia, el teólogo suizo Karl Barth tomó el estudio de la escritura con una nueva seriedad. Entendió la Palabra de Dios en tres formas: predicada, escrita y revelada. Negó que la Palabra de Dios proclamada o escrita tuviera un poder divino inherente. Decía: “La Biblia se convierte en Palabra de Dios siempre que Dios la convierte en el vehículo por el cual nos habla”. Solo las decisiones libres de Dios producen el evento por medio del cual la Biblia y la revelación se hacen una: hablar de la Palabra de Dios es hablar de la obra de Dios²; de modo que así la autoridad presupone la obediencia (Mackenzie 105-106).

Cuando se lee la Biblia en la iglesia, la congregación está recibiendo una comunicación que se había dirigido a lectores hace mucho tiempo y lejos de nosotros. De este modo las predicadoras y los predicadores deben desempeñar dos tareas importantes: la exégesis y la hermenéutica por un lado y la proclamación por el otro (Hays 122), para que su mensaje pueda hablarle en su propio lenguaje contemporáneo.

² El autor hace un juego de palabras en inglés entre word (palabra) y work (obra).

2. La exégesis y la hermenéutica

La palabra exégesis significa simplemente “interpretación”. Cualquier lectura cuidadosa de un texto es un acto de exégesis. Se trata de una explicación del texto bíblico en su propio contexto. Con todo, la tarea de exégesis de la predicadora o el predicador se hace más desafiante debido a la distancia histórica entre el tiempo presente y el de los textos bíblicos. Estos documentos fueron escritos en los idiomas hebreo y griego, en culturas antiguas, para comunidades cuyas costumbres y presupuestos diferían dramáticamente de los nuestros. Las predicadoras/los predicadores deben comprender los contextos históricos y literarios del texto bíblico y luego reflexionar imaginativamente sobre la manera en que tal texto podría hablar a una congregación que se halla en una situación bien diferente. Mientras más precisa sea la exégesis, mejor enfocada se hará la proclamación (Hays 122).

En otras palabras, el Dr. René Castellanos, nuestro profesor de griego en el Seminario Evangélico de Matanzas, Cuba, define la exégesis bíblica como aquel proceso por el cual analizamos y explicamos un texto bíblico (*explicatio*) a fin de aplicarlo (*applicatio*) y bajo la guía del Espíritu Santo, descubrir el significado del texto para nuestra situación particular.

Otro concepto importante a considerar al estudiar el texto bíblico es el de hermenéutica. Esta palabra procede del nombre Hermes, el dios de la mitología griega, hijo de Zeus y encargado de ser el mensajero e intérprete de los dioses. Por tanto la hermenéutica es el arte de traducir o interpretar un texto o un mensaje antiguo en nuestro propio contexto (aquí y ahora). “Es –en palabras de Karl Barth– ver lo que el autor bíblico vio y reseñarlo con nuestras propias palabras”(Alsup).

La fórmula 1 + 3 + 1 enseñada por el Dr. Castellanos en el Seminario de Matanzas puede ilustrar mejor estos conceptos:

Elementos a tener presente para estudiar la Biblia				
1	3			1
Convicción	Enfoques			Decisión
Palabra de Dios a nosotros	El texto en sí Texto (Tejido)	El autor y sus circunst. Contexto	Nosotros y nuestras circunst. Recontextualización	Vivir lo que hemos recibido
	¿Qué dice el texto?	¿Qué quiso decir el autor?	¿Qué nos dice el texto?	
	A Exégesis filológica	B Exégesis histórica	C Exégesis existencial o teológica	

A. Exégesis filológica

1. Conocimiento del idioma original bíblico (AT hebreo o NT griego) o en su defecto se recomienda la comparación de diferentes versiones de la Biblia.
2. Clarificar las frases o palabras de significado difícil.
3. Definir el género literario (prosa o poesía) del texto.
4. Se recomienda el uso de diccionarios, comentarios bíblicos y concordancias para facilitar el trabajo.

B. Exégesis histórica

1. Situar el texto en su contexto histórico (autor, fecha, destinatarios, motivaciones y objetivos).
2. Tipos de contextos
 - a) Inmediato: los versos que van antes y después de la perícopa (sección) en cuestión.
 - b) Temático: análisis de los pasajes del AT y del NT que tratan el tema, usando las referencias bíblicas y los pasajes paralelos.

c) Histórico-social: se trata de los resultados de las investigaciones sobre las condiciones sociales, políticas, económicas e históricas durante la época en que se escribió un libro particular de la Biblia. Por ejemplo, cuando el evangelio de Lucas relata el nacimiento de Jesús, describe el contexto histórico-político de la época con estas palabras: “Por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se hiciera un censo de todo el mundo. Este primer censo tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino” (2,1-2).

d) Universal: el lugar que ocupa el texto en la historia salvífica, en otras palabras, considerar el proyecto de Dios con la humanidad según se revela en las escrituras en relación con la historia “secular”.

C. La exégesis teológica o el puente hermenéutico (del mundo bíblico al nuestro)

Este es el momento para aplicar el paradigma bíblico a la realidad presente, confrontando el texto con nosotros y en nuestras circunstancias. Es útil suscitar las siguientes preguntas:

1. ¿Qué significa el texto para el lector actual?
2. ¿Qué factores culturales necesitan ser contextualizados?
3. ¿Cuál es su significación teológica?

3. La hermenéutica latinoamericana y caribeña

La Teología de la Liberación latinoamericana y caribeña ha contribuido también sustancialmente a la hermenéutica bíblica. Por ejemplo, Pablo Richard enfatiza los tres significados que podemos encontrar en el estudio de las escrituras: 1) el significado textual que mira al texto como tal, como una estructura literaria independiente; 2) el significado histórico que se determina por la historia de donde surge y 3) el significado espiritual que tiene lugar cuando se lee el texto a fin de discernir y comunicar la Palabra de Dios a nuestra realidad actual. Por tanto la Biblia halla su sentido cuando interpretamos el texto como tal, cuando lo interpretamos a la luz de la historia pasada en que se formó y finalmente cuando el texto se interpreta para nuestra propia realidad y se transforma en una “gran revelación de Dios” (1:219).

Por otro lado, Clodovis Boff sugiere las consideraciones siguientes cuando se lee la Biblia desde el punto de vista de los pobres y desde una perspectiva liberadora.

1. Es una hermenéutica que privilegia la aplicación a la explicación. Trata de hallar en la Biblia su sentido textual pero conectado a su sentido corriente. El asunto más importante aquí no es tanto cómo

interpretar el texto de las escrituras, sino interpretar el libro de la vida diaria “de acuerdo a las escrituras”.

2. Esta hermenéutica liberadora persigue descubrir y activar la energía transformadora del texto y cita a E. Bloch, quien expresó: “es difícil hacer una revolución sin la Biblia”.

3. La lectura teológico-política de la Biblia resalta el contexto social del mensaje. Sitúa el texto en su contexto histórico a fin de hacer una traducción correcta, no literal sino histórica.

4. Finalmente esta hermenéutica liberadora se desarrolla por los pobres quienes incorporan las contribuciones de la llamada “lectura popular de la Biblia”, al nivel de una mediación hermenéutica, beneficiada por la sabiduría popular a través de la mediación socio-analítica. De esta forma los pobres, o mejor, la iglesia de los pobres, la constituida por las “comunidades eclesiales de base”, aparece como el “sujeto hermenéutico” de la reflexión bíblica (108-109).

Los cristianos cubanos se sostienen con el hecho de que el mismo Dios que liberó a su pueblo de Israel de Egipto en condiciones extremadamente difíciles, está con nosotros. Nuestro pueblo está confiado en que el mismo Cristo que inauguró un nuevo pacto optando por los pobres de su época, ayudará al pueblo cubano dignificándolo y que su gloriosa y victoriosa resurrección es una certeza de que para Dios son posibles todas las cosas y así también para los que confían en él. Para citar a san Agustín: los dos libros que Dios escribió, el libro de la vida y la Biblia, confirman una escatología basada en la esperanza de la venida del Reino aquí y ahora, un reino de “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rm 14,17). De esta suerte el con-texto, la comunidad de los creyentes, inspirada en el texto bíblico, se encara a los retos de los tiempos presentes, a ser protagonista crítica en el pre-texto de la situación cubana, a fin de que el Reino sea una realidad en nuestro mundo. Este es el mensaje que el Señor nos invita a proclamar y a vivir en Cuba hoy.

4. La hermenéutica feminista

En el libro *Women's Visions: Theological Reflection, Celebration, Action* (Visiones de mujeres: reflexión teológica, celebración y acción), su editora, la Dra. Ofelia Ortega, cita a Elsa Támez, quien al referirse a las hermenéuticas feministas en la América Latina, considera que hay tres períodos o fases en el estudio de los textos bíblicos y en el discurso teológico que ha aparecido gradualmente en las pasadas tres décadas en el referido continente; a saber:

1. La primera fase corresponde al autodescubrimiento de las propias mujeres como sujetos autónomos: oprimidas, capaces de liberarse y productoras activas de teología.

2. La segunda fase intentaba reelaborar el discurso teológico a la luz de las aspiraciones de las mujeres, de su sufrimiento y de la espiritualidad, buscando completarlo a partir de la propia experiencia de las mujeres.

3. La tercera fase se dirige hacia un nuevo discurso bíblico-teológico con la ayuda de las teorías de género; es decir, es una cuestión de deconstruir para luego reconstruir. En esta fase más reciente hay más preguntas y propuestas tentativas que construcciones totalmente elaboradas (Támez 88).

II. Nuestro propio contexto (la Palabra proclamada)

En la sección anterior hemos analizado la importancia del texto bíblico como uno de los “pies” que soportan el trípode homilético y la necesidad de la exégesis bíblica como una “interpretación” o explicación del texto en su propio contexto, para usarlo en la preparación y exposición del sermón. Ya que el contexto de la congregación que está escuchando el sermón es otro de los “pies” sobre los que descansa el sermón, tenemos que interpretar también nuestro propio contexto.

Proponemos que el análisis del contexto se realice en tres niveles; a saber: el nivel congregacional, el nacional y el global. Por razones de espacio, vamos a tratar en este artículo solo el contexto de la congregación.

1. El contexto de la congregación

Con relación a la interpretación del contexto de la congregación, Thomas G. Long comparte el siguiente pensamiento:

El predicador va al texto bíblico a nombre de la congregación y también con la congregación... La exégesis es la obra de la iglesia que se realiza a través de su representante que ha escogido... De suerte que el movimiento del texto al sermón comienza, no con la decisión de cómo informar a la congregación acerca de los resultados de la exégesis personal del texto hecha por el predicador, sino más bien una decisión acerca de qué aspecto del encuentro congregación-texto se reflejará en el texto mismo. El puente que el predicador debe cruzar ahora es el que pasa por el texto-en-el-contexto-congregacional (79).

En su tarea homilética, la predicadora o el predicador debe desarrollar una “lectura bien fiel” al mundo del texto primario (la Biblia) y del texto del mundo (la congregación). El predicador debe comenzar por preguntarse el significado del texto para la reflexión teológica y para la congregación.

Hemos observado también en la sección anterior cuán importante es para las “teologías contextuales” como la Teología de la Liberación, por ejemplo, el vínculo estrecho entre el mensaje bíblico y la comunidad de creyentes, de manera que el primero transforma a los segundos.

Aun cuando la predicadora laica/el predicador laico pueda creer que tiene alguna desventaja comparada con el pastor ordenado que ha recibido su adiestramiento bíblico teológico sistemático en un seminario, no hay ninguna duda que para la exégesis de la congregación, la persona laica está en su terreno porque el laicado es el “pueblo de Dios” y es una parte activa de la congregación, a quien tiene el gran privilegio de predicarle. Leonora Tubbs Tisdale adopta en su libro el método del “participante-observador” de un educador cristiano, Denham Grierson. Este método es muy útil para hacer la exégesis a la congregación con propósitos homiléticos. La laica/el laico juega el doble papel mencionado anteriormente:

1. El participante-observador comparte las actividades y sentimientos de su pueblo. Esto implica relaciones íntimas y el contacto directo con su vida que se comparte.
2. El papel del participante-observador requiere al mismo tiempo un desprendimiento y un compromiso personal.
3. El participante-observador es una parte normal de la cultura y la vida del pueblo bajo observación. No viene como un experto, sino más bien como un estudiante, quien, a fin de aprender, participa en la vida de la gente.
4. El papel del participante-observador es consistente dentro de la congregación a fin de que no se cree alguna confusión con cambios de conducta inesperados o papeles alternantes.
5. El participante-observador tiene como meta un nivel simbólico de significación en la vida de la congregación que no se puede ganar a partir de observar solamente la conducta externa, como sería el caso de un observador desapegado (Tisdale 60).

Esta fórmula participante-observador nos sugiere la necesidad del laicado, no solamente para jugar este papel doble, sino también para comprometerse en un empeño cooperador, en que muchas personas puedan compartir sus contribuciones. John S. McClure, en su libro *The Roundtable Pulpit*, enfatiza la importancia de esta noción. Expresa:

La predicación colaboradora es un método que implica a miembros de una congregación en un sermón en el que todos comparten (método brainstorm)... capacitando a los miembros de la congregación a afirmar sus propias ideas, formas de experiencia religiosa y visión teológica que se puedan articular desde el púlpito. Por tanto la predicación se vuelve un punto central para la auto-participación de la congregación en la misión (7).

Naturalmente que a fin de hacer “la exégesis de la congregación”, la predicadora o el predicador, junto a todos los participantes, necesita las herramientas apropiadas, lo mismo que sucede cuando se hace la exégesis del texto bíblico. Tisdale cita a Jackson Carroll, quien identifica “cuatro posibles puntos de entrada y focos para el análisis de la congregación”:

1. Programa. Esas estructuras organizativas, planes y actividades a través de las cuales una congregación expresa su misión y ministerio a sus propios miembros y a los de fuera de la membresía.
2. Proceso. El subyacente flujo de la dinámica de una congregación que entreteje su vida común y afecta su moral y clima.
3. Contexto social. El marco local y global en que se halla una congregación al que responde.
4. Identidad. El conjunto persistente de creencias, valores, patrones, símbolos, historias y estilos que caracterizan a una congregación (29).

III. La predicadora laica/el predicador laico

1. La teología del laicado

El término “laico” proviene de la palabra griega *λαϊκος* (*laikos*), que literalmente significa “que pertenece al pueblo”. Hablando estrictamente, *laikos* no aparece en la Biblia pero su significado está claro: que pertenece al *laos*, el pueblo de Dios (Kraemer 155). En la escritura, *laos* se usa consistentemente para designar al pueblo de Dios frente a las “naciones”, palabra que se aplica mayormente al mundo pagano. La palabra *laos* en el sentido de “pueblo de Dios”, se aplica a Israel (en hebreo *‘am*) a fin de expresar la relación especial de Dios con su pueblo. En el NT se refiere al “pueblo de Dios” compuesto por gentiles y judíos.

Sin embargo, en muchas iglesias contemporáneas todavía se concibe el laicado como si tuviera en algún sentido un status inferior. Son los miembros “ordinarios” de la Iglesia opuestos a:

- Los especialistas y expertos, que son los teólogos en las iglesias. El laicado se considera incompetente cuando se trata del conocimiento teológico especializado. Son recipientes de información y el grupo a quien se dirigen todas las actividades educativas de la iglesia;
- Los profesionales u obreros de tiempo completo de la iglesia. El laicado, especialmente los trabajadores voluntarios a menudo están impotentes, como una presencia que disturba el funcionamiento fácil de las cosas, y en algunos casos aun los rivales indeseados de los trabajadores a tiempo completo;
- Los ministros ordenados. El laicado no puede pretender poseer ninguna justificación que se derive de su oficio, lo único que puede hacer es ejercer una autoridad personal (Raiser 3).

Las funciones del clero no agotan ni reemplazan todas las funciones de la Iglesia o de la Iglesia operando en el mundo. La pastora o el pastor es escogido por Dios, él/ella ha sido preparado/a, adiestrado y colocado donde está para coordinar el trabajo, pero Dios también ha escogido a su pueblo para servir al mismo tiempo y en coordinación con el clero en la Iglesia y en el mundo. Por tal razón, la importancia de la función del laicado no compite con la del pastor, como si una le impusiera límites a la otra. Ambos convergen en el deseo común de presentar en el mundo moderno un signo positivo de juicio y esperanza, de acuerdo al mandamiento de Jesucristo.

Mientras que en la Biblia hay cierta distinción entre clero y laicado, se mantienen un sacerdocio común como *laos*, aunque posea diferentes y complementarios dones y ministerios. En Ex 19,1-6, por ejemplo, encontramos la naturaleza y el alcance de la vocación del pueblo de Dios: todo un pueblo separado para un propósito divino. Todos compartían la vocación común de ser pueblo de la nueva creación. Estas ideas reflejan las enseñanzas del AT acerca de la vocación del pueblo de Israel. Es significativo que la Primera Epístola de Pedro toma estas mismas palabras y las aplica a la Iglesia (2,9).

En este sentido, el Dr. Kraemer concluye su libro *Teología del Laicado* expresando que: “Si el laicado de la iglesia disperso por todo el mundo fuera lo que está llamado a ser, el diálogo ininterrumpido entre iglesia y mundo pasaría por los laicos. Forman la proyección cotidiana repetida de la iglesia en el mundo. Ellos encarnan el encuentro entre iglesia y mundo” (131).

Desde un punto de vista teológico el laicado ha sido designado, llamado y consagrado a este ministerio por su bautismo, el cual es una ordenación para llevar a cabo el ministerio del nuevo pacto, que no es ni opcional ni

subsidiario en la Iglesia y que no es otra cosa que el servicio ofrecido por esta en el mundo. En otras palabras, el papel sacerdotal de la Iglesia no está confinado al clero, sino que ha sido también confiado a todo el pueblo de Dios como un todo para responder adecuadamente a ese mismo mundo donde ha sido llamado a vivir.

El laicado, a diferencia del clero o de los obreros eclesiásticos a tiempo completo, se entiende como el representante de la Iglesia en el mundo secular. Esto ha sido particularmente importante para los cristianos en Cuba en los últimos casi cincuenta años. Por tal razón, la tarea de la Iglesia se ha definido como reunir y equipar al laicado para su servicio de testimonio en el mundo, en la sociedad cubana, pero también en su servicio en la Iglesia, por la proclamación de la Palabra, que es el propósito central de esta guía para predicadores laicos cubanos. De este modo, la existencia cristiana entre la Iglesia y el mundo se expresa en el movimiento doble de reunirse para la proclamación de la Palabra y la celebración de los sacramentos por un lado, y el envío a ser “sal y luz” en el mundo, por el otro. Así el laicado es urgido a ser la Iglesia en el mundo y el mundo en la Iglesia.

El teólogo reformado suizo Karl Barth dijo que para ser un testigo fiel teníamos que tener el periódico en una mano y la Biblia en la otra y que en tal interacción entre Iglesia y mundo es que el testimonio cristiano se hace real. Aun cuando una pastora ordenada/un pastor ordenado esté socialmente consciente y comprometido, quizás no hay nadie como el laicado, como pueblo encarnado en el mundo, para saber realmente qué significa tener en una mano el “periódico” de la vida diaria. Y así el clero, en compañerismo con el laicado, con una mejor preparación bíblica y teológica, puede ayudar y estimular al laicado a sostener en la otra mano la Biblia apropiada y responsablemente.

2. La teología de la predicación

El concepto de revelación en la teología de la predicación es un tema fundamental y es tratado por muchos teólogos. Para Fred B. Craddock, por ejemplo:

Se entiende la predicación como hacer actual y apropiada a los oyentes la revelación de Dios. Aquí se usa revelación no en el sentido de su contenido, aunque haya un contenido, sino en el sentido de modo. Si la predicación en algún sentido es una continuación en el presente de la revelación de Dios, entonces lo que hacemos y cómo lo hacemos debe ser armonioso con nuestra comprensión del

modo de la revelación. A riesgo de parecer presuntuoso, podemos decir que estamos aprendiendo nuestro método de comunicarse con Dios. En otras palabras, a partir de la transacción que denominamos revelación es que podemos entender y realizar esa transacción que llamamos predicación. Esto es, que la vía de la Palabra de Dios en el mundo es la vía del sermón en el mundo (51-52).

En el contexto cubano, la teología de la predicación está íntimamente vinculada al pueblo. El reverendo Carlos Camps, profesor del Seminario de Matanzas, dice en el prefacio de uno de sus libros:

Se trata de una teología que arranca de la reflexión del pueblo de Dios, aquí en Cuba, especialmente durante los años tan interesantes para nosotros los cubanos; si se trata de un trabajo teológico que ha establecido una retroalimentación que va desde el pueblo hacia el teólogo, y desde el teólogo hacia el pueblo... lo que se predica es y ha sido resultado de esa dialéctica entre Palabra de Dios, que se clava desafiante en nuestro medio haciéndose carne entre nosotros y las expectativas que provoca el vivir inmersos en las realidades y las luchas de nuestro contexto (13).

Walter Burghardt, un sacerdote católico-romano reconocido como uno de los mejores predicadores en los Estados Unidos hoy, resume su teología de la predicación bajo cuatro grandes acápites: “1) un regreso a la Biblia, al AT y al NT para la inspiración y el contenido homilético; 2) una conciencia ahondada del vínculo entre liturgia, Escritura y homilía; 3) prioridad de la imaginación sobre la claridad cartesiana³; y 4) un interés angustioso por que la fe encuentre expresión en la lucha por la justicia social” (2).

Dos definiciones que se hallan en el libro de Karl Barth *La Proclamación del Evangelio* se aplican directamente a la predicación del laicado. Dice:

1. La predicación es la Palabra de Dios pronunciada por Él mismo. Dios utiliza como le parece el servicio de un hombre que habla en su nombre a sus contemporáneos, por medio de un texto bíblico. Este hombre obedece así a la vocación que ha recibido de la Iglesia y, por su ministerio, la Iglesia realiza la misión que le corresponde; 2. La predicación es fruto de la orden dada a la Iglesia de servir a la Palabra de Dios, por medio de

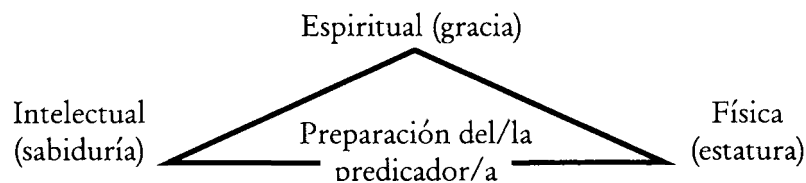
³ René Descartes (1596-1650), filósofo, científico y matemático francés, considerado el fundador de la filosofía moderna. Decía que las verdades absolutas deben presentarse siempre clara y distintamente.

un hombre llamado a esta tarea. Para este hombre trata de anunciar a sus contemporáneos lo que deben oír de Dios mismo, explicando, en un discurso en el que el predicador se expresa libremente, un texto bíblico que les concierne personalmente (13).

3. La predicadora laica/el predicador laico

El tercer “pie” del trípode homilético es la predicadora/el predicador. En las secciones previas hemos estudiado la importancia en la tarea homilética de hacer la exégesis de la Biblia y de la congregación. Ahora estamos enfocando la necesidad de hacer la exégesis a la predicadora laica/el predicador laico. Podríamos tener un excelente trabajo exegético y un gran análisis de la congregación, pero si la predicadora o el predicador no están preparados, el trípode homilético no sostiene al sermón.

Como se señaló anteriormente, tenemos razones históricas y bíblicas para equipar al laicado para la predicación. Desde tiempos muy tempranos en la vida de la Iglesia, del *laos* fueron designados algunos individuos como dirigentes de la Iglesia. Fueron separados para los ministerios especiales de enseñar, predicar, presidir en la eucaristía y otros actos: “Así preparó a los suyos para un trabajo de servicio, para hacer crecer el cuerpo de Cristo” (Ef 4,12; Versión Popular) (Willimon 278). Pero ¿cómo es que podemos hacer la exégesis de la predicadora laica o el predicador laico? Podemos hacerlo si desarrollamos los siguientes talentos personales, tomando en consideración que hay un equilibrio entre las tres preparaciones: la espiritual (por la oración y la lectura devocional de la Biblia), la intelectual (tomando en cuenta el texto y el contexto) y la física (presentable, postura del cuerpo y modulación de la voz). Esto se representa mediante el gráfico siguiente, inspirado en el paradigma del crecimiento integral de Jesucristo (Lc 2,52): “Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”:



IV. El sermón

En esta sección final enfocaremos el sermón. Así como el televisor representa en la pequeña pantalla el mundo real, el sermón juega el importante papel de representar en el púlpito ese mismo mundo real, a la luz del texto bíblico.

1. El sermón y la liturgia

Debemos recordar que el sermón no es un fin en sí mismo, sino más bien una parte muy importante de la liturgia o del orden de la adoración. De hecho, en la mayoría de las tradiciones cristianas la liturgia es una preparación para escuchar la lectura y la proclamación de la Palabra de Dios. La predicación de un sermón en el contexto de la liturgia se basa en la práctica de la sinagoga judía (cf. Lc 4,16s; Hch 13,14s.), donde se compartía una reflexión con la comunidad después de leer las escrituras. Por tanto, el sermón o la Palabra proclamada se fundamenta sobre la Palabra escrita.

Nuestra convicción cristiana es que Jesucristo está presente en su pueblo a través del Espíritu Santo, ofreciendo gracia y llamando al arrepentimiento y a la obediencia. Todo esto es celebrado en la liturgia y proclamado en el sermón. Por tal razón, la proclamación debe presentar el Evangelio al pueblo de manera simple pero profunda.

2. La estructura del sermón

Aunque la oración no es parte del sermón, desde el punto de vista técnico y a pesar del hecho de que oramos desde los comienzos del proceso, al buscar el texto bíblico y al trabajar la exégesis del mismo y de la congregación, debemos elevar nuestras plegarias al Señor para que Él hable a la congregación a través de la predicadora/el predicador. Tengo por costumbre comenzar mi predicación orando la porción del Sal 19,14: “Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Señor, roca mía y redentor mío”. Aparte de la oración, podemos enumerar las siguientes partes del sermón:

a) El título limita o define el asunto que se trata en el sermón. Se deriva del propósito, el texto y la aplicación práctica del sermón e indica su dirección. Es el elemento unificador, por tanto debe limitarse al mínimo de palabras necesarias para exponer el tema del sermón.

b) La introducción es la entrada, el comienzo. Es el elemento que introduce a la congregación al sermón. Se recomienda escribirla después que se haya hecho todo el diseño del sermón, a fin de tener el cuadro

general del mismo. Debe ayudar a la audiencia a recibir el sermón. Esta puede hacerse mediante historias cortas, noticias actuales, textos paralelos o recordando un sermón previo, etcétera, pero siempre debe ayudar a la congregación a recibir el tema.

c) El cuerpo del sermón lleva la sustancia del mismo. Así, pues, debe ajustarse absolutamente al tema. Debe expresar el contenido en una forma fluida. Se pueden usar muchos recursos, tales como descripciones, ilustraciones, narraciones, testimonios, estadísticas, comparaciones, etcétera.

d) La conclusión es la salida, el término del sermón. Por ello invita a los que escuchan a hacer un compromiso, la decisión de la que hablamos en el “puente hermenéutico” de la sección 1. Se supone que lleve a cabo el propósito general que definimos cuando preparamos el sermón. Se recomienda en este punto resumir el sermón y aplicar su mensaje a la vida corriente de la congregación, según se desarrolla en la sección 2 de esta guía. Debe ser persuasiva, de ahí que deba ser escrita con gran cuidado, aunque sea presentado sin leerlo. En la conclusión del sermón hay una oportunidad excelente para estimular una “tensión creadora” en los oyentes.

3. Los tipos de sermones

a) De acuerdo con la relación entre sermón y texto

1) Sermón textual: Su punto de partida es el texto bíblico, por tanto, requiere una exégesis más profunda y sistemática de las escrituras que en otros tipos. La predicadora/el predicador debe ceñirse al mensaje que el texto declara. En este caso la estructura del sermón está determinada por las divisiones y partes del texto bíblico mismo.

2) Sermón temático: su contenido dominante está determinado por el tema básico al cual se dirige el sermón. La estructura del tema delimita el cuerpo del mismo. En este caso el papel de los textos bíblicos es respaldar el mensaje ofreciendo aquellos paradigmas que puedan iluminar el mensaje del tema a la luz del Evangelio. En este tipo de sermón es más fácil lograr unidad temática, lo cual es tan importante. Esta clase de proclamación invita a la predicadora/el predicador a ser más creador que en el sermón textual.

b) De acuerdo al orden de contenido

1) Sermón existencial: en este la predicadora/el predicador propone un problema existencial que afecte a la congregación y se presenta la “solución” recogida en el texto bíblico y finalmente, un programa de

acción o estrategia a fin de encarar el problema con esperanza y valor y si es posible, proponer una solución práctica.

2) Sermón biográfico: puede mencionar a un personaje bíblico o moderno. Es siempre estimulante seguir el ejemplo de la gente grande para Dios, quienes a pesar de las dificultades, confiaron en Él y cumplieron su voluntad.

3) Sermón interrogativo: cada punto del mismo es una pregunta, como aquellas que generalmente se usan en el periodismo: qué, cómo, dónde, cuándo, quién, por qué. Es una buena técnica cuando necesitamos improvisar un sermón.

4) Sermones de argumentos acumulativos: en este tipo ponemos el énfasis en diversos argumentos (argumento + argumento + argumento) y así la idea se refuerza por repetición más que si estuviera sola. Es más conveniente usar una argumentación lógica o persuasiva en cualquier tema.

5) Sermón hegeliano: recibe su nombre del gran filósofo y pensador alemán Federico Hegel (1770-1831), quien diseñó el método dialéctico como el movimiento A (tesis) + B (antítesis) = C (síntesis).

6) Sermón controvertible: en este tipo podemos exponer una idea o un concepto controvertible o uno que se oponga a la verdad evangélica y luego de refutarla, la predicadora o el predicador acentúa lo que el Evangelio dice acerca del tema.

4. Los pasos para la preparación del sermón

A este fin encuentro muy útiles las ideas del profesor Bill Reinhold, un maestro de la Facultad del Instituto para el Desarrollo del Liderazgo Teológico (ITLD) de la Iglesia Unida de Jamaica y las islas Caimán, en el folleto titulado *Cómo preparo yo un sermón*:

a) Seleccione el pasaje sobre el que voy a predicar.

-a partir de alguna lectura devocional o de pasajes sugeridos del leccionario.

-el pasaje debe hablarme primero a mí antes que yo lo haga a otros.

b) Estudio el pasaje o los pasajes. ¡Mejor comenzar dos o tres semanas antes!

-leo el pasaje varias veces en diferentes traducciones, también en alta voz.

-trato de reescribir el pasaje en mis propias palabras, algunas veces de memoria.

-hago notas según progreso: cosas que he notado, preguntas que debo responder, ideas para ilustrar, sentimientos malos o buenos que tengo: ¿cómo el pasaje me hace sentir incómodo? ¿reafirmado?, etcétera).

- c) Considero el pasaje desde diferentes ángulos:
 - el trasfondo histórico: el marco cultural, social y político.
 - el marco literario: el flujo de la historia o el argumento.
 - la forma y la audiencia del texto: ¿cuál fue su marco existencial?
 - las palabras mismas, uso de diferentes traducciones, diccionarios (especialmente los bíblicos), Biblia de Estudio, etcétera.
- d) Trato de encontrar el punto alrededor del cual gira la historia o el pasaje. ¿Cuál es la cuestión central o la parte sorprendente de la historia o el pasaje?
- e) Trato de formular la cuestión central (#4) en una frase clara y simple. De esto tratará el sermón.
- f) Basado en el sermón diré, trataré de decir lo que quiero que le suceda a la gente de mi congregación. Esto es lo que el sermón hará.
- g) Trato de encontrar la forma (diseño del sermón) para decir la verdad que he aprendido (#5) en una forma que ayude a la gente a experimentarlo (# 6). Regularmente el sermón se referirá a la misma cuestión que el pasaje. Esto es, permito que el pasaje controle el diseño tanto como el contenido del sermón.
- h) Escribo el sermón. Las palabras son muy importantes para mí, de modo que escojo trabajar alrededor de ellas con tiempo suficiente en mi estudio. Otros hacen un bosquejo o notas generales y revisan los detalles en sus mentes. Me siento más cómodo con el texto completo escrito delante de mí porque así me puedo concentrar al comunicar mi mensaje a los oyentes sin tener que pensar acerca de lo que voy a decir.
- i) Planeo el servicio de adoración. Todo el servicio debe servir para recalcar el mensaje y la función del sermón.
- j) Después del sermón trato de recoger la retroalimentación con la reacción del auditorio.

Soli Deo gloria.